“Estar adentro de la jaula”: la relación infraespecie cuidador-animal clave para el bienestar animal

Cuando realicé trabajo de campo para mi investigación antropológica y etnográfica en los años 2017-2019, advertí que era de suma importancia para entender la *problemática del ex Zoo de Córdoba* realizar las labores de cuidadora de animales para el verano del 2017-2018. Agradezco profundamente a la dirección del Zoo, por haberme permitido avanzar con mi investigación concediendo los permisos respectivos. Jamás pensé que tomar la decisión de realizar el trabajo de cuidadora de animales me iba a *romper la cabeza* de tal manera, que hoy titubeo y se me erizan los pelos de la piel al recordar muchas de las situaciones que viví a través de la experiencia de trabajar comocuidadora y que presencié como observadora de las interacciones, relaciones, vínculos y co-existencias que se constituían entre los cuidadores y los animales.

En ese tiempo, recuerdo que la institución zoológica estaba en la palestra de algunos medios de comunicación que ponían de relieve el encierro de los animales en jaulas del siglo pasado a los que se sumaban los cuestionamientos que realizaban los activistas de animales. Ellos señalaban, entre tantos fundamentos, que los zoológicos eran “cárceles de animales inocentes”. Por su parte, los cuidadores de animales seguían de cerca estos dichos y me hicieron muchas veces esta pregunta: “¿usted cree que nosotros somos carceleros de animales?”.

En un comienzo, este cuestionamiento no me llamó la atención. Sin embargo, al pasar de los días trabajando y acompañando a los cuidadores, esa misma pregunta tomó un rumbo afectivo: me dolía profundamente cada vez que alguno de ellos me consultaba ¿Qué podía responder ante esto? Me quedaba helada. Muchas veces se me pusieron los ojos vidriosos y escuchaba con silencio algún descargo que ellos pudieran tener ante aquellos dichos. Otras veces, ellos me preguntaban si eran carceleros, mientras tanto, con las gotas de sudor de un verano sumamente caluroso, hacían lo que podían con los animales ante una administración que se notaba sumamente agobiada en términos económicos y políticos.

De esta manera, verlos a ellos todos los días haciendo lo imposible o creando nuevas posibilidades para que los animales estuvieran un poco mejor, me generaba una brecha importante: estaban las prácticas de los cuidadores con los animales y, por otro lado, los argumentos críticos de los activistas de animales a la ex institución zoológica en Córdoba. Sin embargo, esta brecha se profundizaba aún más, con mi experiencia como aprendiz de cuidadora que se caracterizó por un entendimiento *entre* y *con* los animales de protagonistas. De manera lenta, observé cómo interacciones y relaciones se convertían en vínculos entre cuidadores y animales que, por supuesto, desde la perspectiva de la institución, se vuelven ruidosos, extraños y apáticos, en un zoológico que históricamente -desde su edificación victoriana en 1915- se ha caracterizado por representar a la civilización moderna y colonial.

Pero ¿qué significa esto último? En breves palabras, los Zoos representan el dominio del humano sobre la naturaleza. Dentro de la jaula se encuentran los oprimidos. En estos términos, actualmente hay diversas líneas de análisis, como los *Estudios Críticos Animales,* que proponen estudiar a los animales bajo la rúbrica: *dominación animal*. Intuyo que esta línea de análisis *antiespecista* va en la misma sintonía de los argumentos de los activistas de animales y la referencia a las “cárceles de animales inocentes”. Sin embargo, entiendo que esta temática es todavía más compleja y causa diversas tensiones y debates que superan los objetivos de este escrito.

Entonces, teniendo en cuenta lo anterior, mis cuestionamientos son mucho más mundanos, encarnados y vividos: ¿Por qué sobrevivían los animales en estas jaulas, “cárceles de animales inocentes”? Me detuve en la pregunta de cómo los animales podían sobrevivir y quiénes y cómo sostenían sus vidas, después de hacer mi experiencia como cuidadora de animales, fue una pregunta fundamental.

**Los cuidadores de animales**

Me sumergí en el mundo de los cuidadores y los animales a través de las jaulas. Dejé suspendida la pregunta sobre los “carceleros de animales”. Me costó entrar a las jaulas sin una opinión o actitud respecto de lo que sucedía dentro de esas “cárceles”. A través de la experiencia vivida como cuidadora, me asombré. Acompáñenme en este breve recorrido.

En un comienzo, fue extremadamente difícil observar las interacciones cuidador-animal. Primero por las jaulas, que insistentemente atravesaban mi subjetividad y, por otro lado, porque los cuidadores me veían como una bióloga o veterinaria. Esto último no es menor, ya que mi presencia producía un alejamiento de ellos hacia los animales: debían mantener una interacción cuidador-animal, basada en normativas impuestas tanto por la estructura disciplinar de las ciencias biológicas como por la propia estructura organizacional de la institución zoológica. Podría decirse que el trabajo de los cuidadores estaba sumergido en un silencio institucional. *De esto, no hay que hablar.* En la intersección de ambas estructuras -disciplinar y zoológica- se encontraba un animal que tenía que responder, por un lado, a la historia de su especie -la filogenia- y en correlación con su nicho ecológico y, por esto mismo, debía tener el menor contacto posible con los humanos. Los cuidadores seguían las instrucciones. Sin embargo, esta doble estructura no duró mucho tiempo: los cuidadores hablaban con los animales, yo era cuidadora así que comencé a hacerlo también, como lo hago con mis gatos. El lenguaje humano, con sus tonalidades, ritmos y gestualidades, fue el paso previó que permitió abrir una caja de pandora.

Cortar la carne en trozos más chicos para los tigres que no tenían todos sus dientes, tener rigurosidad al pulir la dentadura de hipopótamos, colocar la comida en un lugar específico donde al animal le gusta comer, poner pastillas en las frutas más deliciosas para asegurar la medicación de algún carpincho enfermo, cantar al búfalo para ponerle una crema en su herida, hacerles lluvia de agua a los loros, patos y guacamayos cuando hacía calor, tener mucho cuidado al tomar algún ave, ayudar a los animales a hacer sus nidos y pozos, hablarles con tonos sutiles y reproducir los sonidos con los que los animales se comunican, saber dónde le gusta a una bisonte que la acaricien, utilizar el cuerpo para intentar entender lo que los animales requerían, contarles secretos a los animales, incluso soñar con los animales cuando se encuentran enfermos, entre tantas otras prácticas habituales de los cuidadores hacia los animales… que en suma, me llevan a conjeturar que el respeto, la ternura y la responsabilidad de los cuidadores con un otro-más-que-humano se tornaban habilidades imprescindibles para conocer y poder cuidar a los animales.

Este conocer y este cuidado estaba enraizado en la intersubjetividad y en el proceso de la vida de cada uno de los animales. Los cuidadores me presentaron a cada uno de los animales con sus nombres singulares y estos nombres, mostraban el reconocimiento de la historia de vida particular de cada animal, pero a su vez, su personalidad: “a Felipe el camello le encantan los yuyos verdes”, me decía un cuidador. Otros me contaban cada una de las historias de los animales, cómo habían llegado y de dónde venían, qué les gustaba, cómo se comportaban, con quiénes se llevaban bien y mal, cómo se comunicaban. También varios cuidadores me señalaron los gustos de Taruca la elefanta que vivió en el Zoo y hasta la amistad interespecies que algunos de ellos mantuvieron con la elefanta. A su vez, cada una de las vidas de los animales para los cuidadores, daban cuenta de los distintos mundos perceptivos -sus *Umwelt*- que habitan y, también, cómo cada uno de los animales en su habitar, está produciendo distintos significados que se vuelven, muchos de ellos, vitales para sus existencias. En otros términos, los cuidadores me enseñaron un conocimiento interdisciplinar sobre los animales -como también señalan primatólogas, etólogas cognitivas y psicólogas del comportamiento animal-: devolverles la ontogenia, la psicología, la *mente* a estos animales, múltiples conexiones ecológicas y, por sobre todo, sus mundos sociales interespecies. Reconocen su biología, pero van unos cuantos pasos más allá. Los cuidadores de animales en cierto sentido contraen un pacto con la animalidad. Cuando te das cuenta de esto, ahí mismo, no había y no hay vuelta atrás.

De cierta manera, con los cuidadores pude entender lo que le sucedió́ a Konrad Lorenz, el padre de la etología, cuando se dejó́ *tocar* por la grajilla: “el experimentador, lejos de mantenerse al margen, se involucra, implica a su cuerpo, su conocimiento, su responsabilidad y su futuro. La práctica del conocer se ha convertido en una práctica del cuidar”, como señala la ornitóloga Vinciane Despret. Los cuidadores en esta institución zoológica, mediante esos contactos, iban zurciendo las heridas coloniales y el intersticio moderno entre los cuerpos. El reconocido antropólogo Evans Pritchard estudió la comunidad pastoril de *Los Nuer* que como pilar de su organización social, daban la vida por su ganado. Así también pienso que los cuidadores daban la vida por sus animales.

Entonces, nos quedan dos opciones: o pasamos de largo y sólo reconocemos la vida de estos animales como entes que responden sólo a su biología y esta se encuentra atada a su historia filogenética o de la especie o, reconocemos que, tenemos que tomar en serio el conocimiento de los cuidadores que no hace ni más ni menos que dar cuenta de *lo que quieren los animales*, sus mundos sociales, donde un cuerpo con otro cuerpo sostienen una vida y así habitan un hogar. Probablemente, la *cárcel* estructural se transforma para ellos en un *hogar* en el habitar, y así, subversivamente volvemos atrás cuando me preguntaban “¿Acaso usted cree que nosotros somos carceleros de animales?”. La pregunta ahora es otra ¿son los cuidadores de animales constructores de hogares con los animales? Ahora les respondo sin titubeos, no son carceleros, sino que son constructores de hogares: sostenedores de vidas.

Martita una monita caí, Felipe el camello, Dodo un hipopótamo pigmeo, Diego el tigre naranja, Tango el león, Tito el cocodrilo, Jacinto el guacamayo azul, Rita la osa parda, Uma la tigresa blanca, entre tantos otros animales, *ya me habían contado* que los cuidadores son un *divino tesoro, mágico saber relacional en este planeta dañado*… ¿Estamos preparados y preparadas para tomar en serio este conocimiento?